

# ***REFLEXIONES SOBRE IDENTIDAD DESDE UNA PERSPECTIVA ECOLÓGICA HUMANA***

por Luis Alejandro Peguero Guzmán<sup>1</sup>

*Revista Dominicana de Antropología*, pp. 69-78

Los últimos tiempos han sido testigos de una tendencia del pensamiento social que enarbola la creencia de encontrarnos frente a una crisis de identidad. En casos extremos, se pretende su total ausencia. En lo adelante intentaremos un acercamiento a esta cuestión desde una perspectiva un tanto inusual: a través de la Ecología Humana.

Algunos se preguntarán qué relación puede tener la Ecología Humana con nuestra identidad cultural y nacional. Una respuesta superficial puede apuntar hacia un hecho indudable: la comunidad humana llamada pueblo dominicano actúa sobre su hábitat de formas diversas transformándolo y transformándose a sí misma.

Y esta actividad de carácter histórico-social se basa en soluciones propuestas por la cultura a los problemas de supervivencia a que les somete el entorno en que les ha tocado vivir. Más, antes de iniciar nuestro análisis sobre la existencia o no de identidad en el pueblo dominicano, desde una perspectiva ecológica, se hace necesaria la revisión de algunos conceptos que nos permitirán una mejor comprensión de la cuestión que aquí se dilucida.

## **Conceptos generales**

La palabra Ecología es derivada de la voz griega Oikostt, cuyo significado es el de: casa o lugar en que se vive, en definitiva, la ciencia que estudia el lugar donde vivimos. Paradójicamente, de esta misma raíz proviene el término: economía, a quien nadie regatea su influencia sobre la conducta social del hombre en tanto que algunas filosofías la declaran como la base que determina la estructura social.<sup>2</sup>

Fue Ernst Waeckel, un biólogo alemán, el primero en utilizar el término en su estudio "History of Creation" publicado en 1868. Posteriormente, a principios de este siglo, vieron la luz varias publicaciones que terminaron de consolidar el surgimiento de esta ciencia. Íntimamente vinculada a las ciencias biológicas.<sup>3</sup> Sin embargo, la base fundamental de la ecología moderna, así como, en gran medida de las ciencias sociales en general; la encontramos en la obra de Darwin y Wallace muy especialmente en *Origin of Species (1859)* y *Descent of Man (1871)*.

A pesar de esto, el campo de la ecología animal es un producto del siglo XX<sup>4</sup> y el término Ecología Humana hace su aparición en 1921 dentro de la obra de Ti. E. Park y E. W. Borguess, *An Introduction to the Science of Sociology* publicada en Chicago para ese mismo año. A partir de entonces han sido múltiples los intentos de sociólogos y antropólogos por difundir el término, a pesar de que quizás los esfuerzos no han sido suficientes en tanto que el análisis, rara vez, ha sucedido por la síntesis. Sin embargo la ecología humana ocupa un lugar permanente entre las ciencias sociales contemporáneas como un modelo de acercamiento al fenómeno humano.<sup>5</sup> Fenómeno que por el carácter particular de la cultura y el ambiente, se torna diverso en sus cualidades; adquiriendo un sentido autónomo que lo identifica, de allí, la identidad. Identidad que proviniendo del latín "Identitas", es una categoría. que expresa la igualdad de un fenómeno consigo mismo o con otros.

La identidad se presenta como concreta, no abstracta, y como tal sujeta a cambios cuya dinámica implica la inexistencia de fenómenos idénticos así mismos, lo que exige que la identificación se realice sobre la previa diferenciación llevándonos hacia la actitud generalizada de concebir la identidad sobre

la base de las diferencias. Actitud legítima, mas no absoluta puesto que identidad implica igualdades y diferencias de un fenómeno en relación a otro.

En definitiva, desde este punto de vista la identidad implica una serie de factores que interactúan dinámicamente; estableciendo una relación,<sup>6</sup> tanto, del individuo con su medio ambiente real, así como entre los propios individuos, comunalmente. Lo que es identificable apoyándose en la ecología humana como acercamiento al hombre y su interacción con el medio ambiente.<sup>7</sup>



Formas de asentamiento de grupos humanos en montañas de Trinidad (Foto: Carlos Andújar).

Es precisamente aquí donde la ecología y la cultura se unen, ya que la cultura es la artífice de la adaptación en la búsqueda de la supervivencia colectiva. Supervivencia cuyas soluciones adquieren diversos matices, tanto como grupos humanos existen. Donde sus diferencias y semejanzas constituye la identidad, ya que la comunidad,<sup>8</sup> es el mecanismo de adaptación por excelencia, y debemos convenir en que no existe comunidad sin identidad.

### **Algunos indicadores de identidad a la luz de la ecología humana**

Abordar al problema de la identidad desde una perspectiva ecológica, nos propone un acercamiento sobre la base de la población<sup>9</sup> como categoría de acceso al dominicano como entidad que interactúa con el hábitat en que le ha tocado luchar por su existencia.

Al aproximarnos a la población dominicana debemos hacerlo al universo de lo cotidiano establecido en un contexto territorial donde su área natural<sup>10</sup> se caracteriza por ser insular, como lo son Irlanda o Madagascar salvo la peculiaridad de compartir con otra población este entorno.

Población con la que interactúa históricamente de formas disímiles, cuya naturaleza describir aquí no es nuestro propósito.

Salvo el de no soslayar que esta diferenciación territorial sirve de marco a las diferencias de identidad de ambas naciones. Diferencias establecidas sobre la base de las soluciones culturales puestas en práctica con relación a la parte del hábitat que han aprovechado. No se pretende asaltar al espectador con manidas posiciones ideológicas, se intenta llamar la atención sobre el hecho concreto de la existencia

de una diferencia en las poblaciones que comparten la isla y que esto ha implicado una competencia comparable a cualquier otra en la naturaleza y no puede negarse que las interacciones históricas que materializan estas diferencias han servido para ilustrar los símbolos de nuestra identidad nacional, lo que además de ejercer influencia sobre la psicología colectiva, reglamenta hasta cierto punto las interacciones de los individuos de ambas poblaciones.

Sin embargo, el contexto geográfico no es aprovechado en su totalidad por la población que ocupa el área natural. Si nos detenemos a pensar que somos (compartida o no) isleños, tendremos que convenir en el contradictorio hecho de vivir ignorando una de las fuentes alimenticias más importantes de que se dispone: el mar.

A pesar de que la mayor parte del territorio tiene acceso al mar, la mayor parte de los dominicanos desconoce soluciones culturales que le permitan un aprovechamiento óptimo de sus recursos marítimos. Esta contradicción se hace concreta en el hecho de que si observamos por un momento la dieta vernácula podemos descubrir que la mayor parte de los platos tradicionales de la cocina nacional se reducen al “Pecaé con coco” samanense.<sup>11</sup>

En tanto que gran parte de la población no se encuentra realmente clara en las especies que deban o no comerse durante algunas épocas del año. Puede decirse que tal contradicción es consecuencia del modelo colonial de plantación el cual sustituyó las costumbres alimenticias de los pueblos iletrados que habitaban el territorio, proponiendo nuevas costumbres más acordes con el sistema económico de plantación que no permitía competencia de otros modelos de aprovechamiento de las planicies litorales, fortaleciendo las costumbres agrícolas de la población en el interior de los territorios, formando parte de la identidad del pueblo dominicano en cuanto al aprovechamiento de su entorno.

Otra aproximación a la identidad de la población dominicana contemporánea puede buscarse en el fenómeno migratorio de las últimas décadas. Como cualquier comunidad, la dominicana se ha visto sometida a múltiples migraciones e inmigraciones. Sin soslayar el peso específico de los movimientos inmigratorios posteriores, la inmigración de las culturas occidentales se encargó de modificar el que los alemanes denominan; “el Paisaje cultural”<sup>12</sup>. Taló los bosques, ocupó la tierra, cultivó los campos y con el tiempo, continuó construyendo carreteras, edificios, diques y presas. Lo que alimenta una idiosincrasia auténticamente occidentalizada, a pesar de nuestra amplia composición multiétnica. Mas esta característica no es patrimonio exclusivo de la cultura nacional. Es un rasgo que compartimos con muchas otras poblaciones, bajo ningún pretexto nos permitiremos soslayar la extraordinaria contribución de la cultura africana en la reorganización del paisaje y asimilación del contexto de las áreas culturales que interactúan sobre el entorno natural, legado casi intacto por las antiguas culturas de la isla.

Con quienes se inicia un proceso sincrético cultural que abarca varios grupos étnicos a través de nuestra historia, aunque siempre sometidos a organizarse siguiendo los patrones del modelo occidental<sup>13</sup>, que de esta forma, adquieren la singularidad que le caracteriza para el pueblo dominicano.

Este movimiento de poblaciones no se produce solo al interior de la comunidad dominicana. Los últimos veinte años han sido testigos de una migración externa bajo cuya influencia se ha organizado uno de los componentes de la acelerada transformación socio-cultural a la que nos encontramos sujetos donde la recomposición del perfil socio-cultural amerita una profunda atención. Transformación que implica un ajuste de la población a nuevas situaciones comunitarias dentro de la dinámica social, Sin embargo, semejantes cambios no deben hacernos confundir sobre el hecho de que “cambio” no implica ausencia”, como tratan de propagar algunas opiniones cuya semilla germina con mucha facilidad en detrimento de un saludable desarrollo de nuestra propia identidad. Sumergiéndola en terreno fértil para que prosperen indefiniciones y ambigüedades que propician influencias alienantes generadoras de distorsiones.

La presencia de estas transformaciones debe redoblar el interés en agotar los esfuerzos de nuestra comunidad en incentivar los modelos que benefician nuestra autenticidad, sin perjudicar el equilibrio

del hábitat que compartimos y que debemos aprovechar conscientemente.

Si retornamos a nuestro marco de aproximación a la identidad sobre la base de la migración y la adaptación a nuevos contextos, debemos convenir en que el comportamiento de la comunidad dominicana se aparta del patrón general observado en otras comunidades migratorias. Todo parece indicar que no es fortuito que los asentamientos de diversas comunidades se produzcan en áreas que guarden alguna relación con sus contextos de procedencia a lo que Hawley escribe:

“... No es accidental que los griegos predominen en la industria de esponjas de Florida, que los italianos sean tan numerosos en la industria vinícola de California, que los inmigrantes escandinavos se asentasen en los sectores más al norte de los Estados Unidos o que los inmigrantes británicos se asentasen primordialmente en las ciudades. Existen otros factores que considerar para explicar la selección regional y ocupacional de la población migrante, pero la influencia de los hábitos preestablecidos parece ser inequívoca.”<sup>14</sup>

De ser cierto, habrá que admitir cierta atipicidad en el comportamiento de la comunidad dominicana en el extranjero, puesto que a pesar de que una gran mayoría de los individuos que componen esa población provienen de contextos eminentemente rurales-agrícolas, y contradictoriamente ocupan áreas esencialmente urbanas. Este puede constituirse, perfectamente en un rasgo de identidad. Sobre el que necesariamente hay que agotar mayores esfuerzos de investigación a fin de establecer las causas de tan atípico comportamiento. Por el momento, conformémonos como un rasgo que bien puede ilustrar un aspecto de nuestra identidad.

En este caso la “mal adaptación” que se evidencia en algunas costumbres que persisten como modos habituales de actuar, a pesar de que el medio se halla transformado o en su defecto el individuo haya ingresado a un hábitat diferente.

Tal es el caso de asumir las formas apropiadas de vestir. La moda culturalmente aceptada no admite el uso de un determinado tipo de vestuario que no vaya acorde con los lineamientos propios de culturas y latitudes más templadas. Esto puede tener su origen en la insistencia de algunos pueblos europeos de mantener sus hábitos al vestir, a pesar de que agotaban sus esfuerzos en colonizar territorios tropicales que demandaban otros modelos. A este efecto producido por las diferencias en los índices del cambio de la conducta humana se le ha llamado “retraso cultural”. Paradójicamente a nuestras sociedades se les etiqueta con el nombre de atrasadas. No obstante debemos admitir que sin importar el origen de la costumbre múltiples actitudes de la vida social se encuentran reglamentadas por estos usos, formando parte de nuestra identidad.

En definitiva, abordar la identidad de los pueblos desde una perspectiva Eco Ecológica-Humana es una empresa posible, en la medida que el entorno ejerce una influencia decisiva sobre las poblaciones estimulando soluciones de supervivencia reflejadas en sus modelos de vida.

Antes de finalizar, queremos señalar que con el presente trabajo no pretendemos haber agotado las posibilidades de discusión sobre la temática de la identidad, mucho menos, desde la perspectiva ecológica. Muy por el contrario, en nuestro ánimo se encuentra la necesidad de abordar un nuevo enfoque de la cuestión identidad, donde el presente es un minúsculo e incompleto aporte.

<sup>1</sup> Lic. Luis Alejandro Peguero Guzmán. Antropólogo. Profesor de Antropología, Folklore, Museología y Metodología de la Investigación. Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Universidad Católica Santo Domingo (UCSD). Investigador del Museo del Hombre Dominicano.

<sup>2</sup> El materialismo histórico promueve la creencia de que la base económica es quien sostiene la super estructura social.

<sup>3</sup> Entre 1905 y 1909 fueron publicados varios manuales sobre la en aquel entonces una nueva ciencia así tenemos *Research Methods in Ecology* de F.E. Clements (1905). Asimismo *Plant Physiology and Ecology* (1907). y el no menos importante, *Ecology of Plants* publicado en 1909 por Eugen Warning.

<sup>4</sup> Hawley, Amos H. *Ecología Humana*. (2da. Edic.) Madrid. Editorial Tecnos. 1966. P.21.

<sup>5</sup> *Idem*.

<sup>6</sup> Sobre las concepciones de adaptación al medio ambiente y el surgimiento de modelos de vida es necesario consultar la corriente medio ambientalista para los estudios prehistóricos en la República Dominicana. Consultar: Veloz Maggiolo, Marcio. *Medioambiente y Adaptación Humana en la Prehistoria de Santo Domingo*. (1. Vol.) Sto. Dgo. Taller; 1976. Además, el 2do. Volumen editado por U.A.S.D. 1977 sobre la formación Agrícola. Asimismo es necesario consultar a sus críticos como: Moscoso, Francisco. *Tribu y Clases en el Caribe Antiguo*. San Pedro de Macorís, R.D.1986. Donde se ofrece un magnífico análisis sobre esta tendencia.

<sup>7</sup> Se advierte que no nos adherimos a la concepción monística errónea conocida como “medioambientalismo” (enviromentalismo), que señala al medio concreto como la única causa de la conducta e incluso de la vida misma. Consultar: Wallis, Wilson, D. • “Eviromentalism”. En *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, Vol. V.

<sup>8</sup> Este es el nombre que recibe la pauta de relaciones simbólicas y comensalísticas que desarrolla la población como respuesta colectiva al hábitat, se constituye en la adaptación del organismo al medio. Ver Hawley, *Op. Cit.* P. 79.

<sup>9</sup> Según Boulding (1934) “una población puede ser definida como un agregado de cosas dispares, o individuos, cada uno de los cuales responda una definición dada, mantiene su identidad a través del tiempo, y existe solamente durante un intervalo limitado. Un individuo entra a formar parte de una población, o nace, cuando por vez primera responde a la definición que identifica a la población”.

<sup>10</sup> Sin caer en el determinismo geográfico ratzellano exagerado por Ellen Churchill. Ratzel introdujo el concepto de área natural. Ver: Ratzel, Friedrich. *Antropogeografía*; Dos volúmenes. Stutta Axt. 1882-1891. Así como Churchill Sampie, Ellen. *Influences of the Geographic Enviroment*. N.Y. 1911.

<sup>11</sup> Debe recordarse que históricamente la región peninsular dio espacio a las plantaciones de cocoteros

<sup>12</sup> Hawley, *Op. Cit.* P.83.

<sup>13</sup> Ya hemos descrito como se materializa este proceso sincrético a través del cimarronaje y como se incorpora al contexto general de la cultura nacional. Ver: Peguero Guzmán, Alejandro. “Contribución del. Cimarronaje a la Formación de la Cultura Dominicana,” Sto. Dgo.; Seminario Sobre el Estado Actual de los Estudios Afroamericanos UNPHU; abril, 1992. Consultar además: “Algunas consideraciones sobre la Arqueología del Cimarronaje”, Sto. Dgo. *Boletín Museo del Hombre Dominicano*. N0.22,1989. Del mismo autor.

<sup>14</sup> Hawley. *Op. Cit.* P.200